

CUADERNOS para el DIÁLOGO.

M. ALONSO GARCIA: Trabajo y ordenamiento jurídico.

JOSE LUIS CANO: La poesía "comprometida" de Jorge Guillén.

ALFONSO C. COMIN: La deshumanización de los accidentes de trabajo.

J. M. DIEZ ALEGRIA: La confesionalidad del Estado.

M. GIMENEZ FERNANDEZ: Relaciones Iglesia-Estado.

EDUARDO PAYSSE: Uruguay, país modelo en peligro.

MARIANO RUBIO: La política de rentas.

MADRID, CIUDAD DIFÍCIL

SI realmente hay algo colectivo que ha de menester en el mundo moderno de una perfecta organización, es una gran ciudad. Una ciudad de varios millones de habitantes necesita una perfecta coordinación entre sus servicios y una suficiente dotación de éstos. Desde los complejos y graves problemas del urbanismo, uno de los índices más significativos donde se refleja la configuración social, hasta el pequeño y a la vez dramático incidente de unos desahucios, una ciudad moderna necesita una interminable gama de soluciones

urgentes y concretas con que responder a la serie de necesidades que día a día van perfilándose y haciéndose más perentorias. Es posible que el crecimiento continuado y constante de las urbes haya desbordado unas previsiones que hace un período escaso de años podían parecer convincentes, pero la realidad es que hoy algunas ciudades, y concretamente Madrid, ya que a ella queremos referirnos especialmente, parecen haberse convertido en un caos de problemas insolubles, de preguntas sin respuestas, de incomodidades frecuentes y, en

SUMARIO

octubre, 1965

Páginas

EDITORIALES

Madrid, ciudad difícil	1
Esa necesidad de paz	3
El peligro de las contradicciones... ..	4
Desahucios	4

* * *

La deshumanización de los accidentes de trabajo, por Alfonso Carlos Comín	5
En torno a la democracia, por Francisco Espinar	10
Trabajo y ordenamiento jurídico, por Manuel Alonso García	11
La política de rentas, por Mariano Rubio	14
Formación profesional y emigración, por Eduardo Cierco	15
Problemas sociales de la alimentación española, por Demetrio Casado	16
El sacerdocio como función social, por C. Fernández Barberá	18
Inmovilismo y cambio, por Adolfo Maillo	19
Sobre la lengua y la tradición vascas, por J. M. Uriarte	22
Las ideologías, por Gonzalo Fernández de la Mora	22
Ingenieros y mundo obrero, por Luis Cabello Ibáñez y Marcelino Camacho Abad	23
La confesionalidad del Estado, por José María Díez Alegría	25
La redención nacional, por José Domingo de Arana	27

INTERNACIONAL

Uruguay, país modelo en peligro, por Eduardo Paysse	29
La ONU en sus grandes aniversarios, por Mariano Aguilár Navarro	33
Presencia latina en América, por N.	35

LIBROS

La poesía comprometida de Jorge Guillén, por José Luis Cano	36
La experiencia israelí, por José Luis Sánchez	37
El ecumenismo en España, por José María Piñol	37

CINE

Venecia, festival de festivales, por Alvaro del Amo	39
--	----

DIALOGO

Diálogo con los discrepantes: Al Padre Dalmáu por última vez, por Gabriel de Armas	42
---	----

* * *

Relaciones, Iglesia y Estado, por Manuel Giménez Fernández	44
---	----

DIRECTOR:

JOAQUIN RUIZ-GIMENEZ

EDITORIALES

ESA NECESIDAD DE PAZ

QUIZA pocas veces una voz humana ha sonado en la Historia con tal angustia esperanzada, con tal humildad y con tal temblor como la del Vicario de Cristo ante la Asamblea de las Naciones Unidas, la benemérita y vilipendiada institución a quien Pablo VI ha querido refrendar como uno de los escasos caminos que pueden conducir, a esta doliente humanidad, hacia una de sus metas más lejanas a lo largo de siglos de guerra y destrucción: la paz. Palabra mágica y difícil, inalcanzable hasta ahora y que parece dormitar asustada en un mundo que sólo ha sabido solucionar dificultades por la vía de las armas, que es tanto como decir de la sangre. La Historia de la Humanidad está teñida de ella, embarrándola todo, cubriendo con lágrimas y dolor la superficie de un planeta que se engañaba a sí mismo diciéndose que la guerra era consecuencia lógica de la misma naturaleza del hombre, acuñándose entonces conceptos como el de «guerra justa», como «guerras salvaguardadoras de la paz», como tantos y tantos epítetos que sólo esconden en su seno el ansia de poder, el orgullo y el egoísmo.

«No más guerra, no más guerra...», ha dicho el Papa. Y sus palabras cobran especial significado en un panorama mundial enturbiado por conflictos bélicos, de guerrillas hambrientas, de ambición de dominio, de lágrimas y de dolor, en suma. La faz del mundo parece contradecir con su desoladora realidad el ferviente deseo de «aquel que llega en nombre del Señor». Pero, por debajo de las ambiciones, la Historia corre hacia metas de solidaridad, de justicia y de libertad. Nunca como en este momento el mundo ha sido tan plenamente consciente de la tarea común, que a todos incumbe y de la que nadie puede estar ausente: la construcción de una sociedad más justa y más libre. En definitiva, más humana. Una sociedad que no se quede en las causas penúltimas de las cosas, sino que ahonde en profundidad en aquellas que han hecho hasta ahora imposible la paz: el hambre, la opresión, la estratificación en clases sociales, el acaparamiento del poder... Nuestro mundo se ha guiado con demasiada frecuencia de la ley de la supremacía bélica como modo normal y lógico de superar los conflictos. Y

el resultado está a la vista: 2.000 millones de hambrientos y la amenaza atómica gravitando como moderna espada de Damocles sobre nuestras cabezas.

El Papa ha partido de este panorama actual para ofrecer su mensaje de paz. Es claro que ante él se abriría el amplio abanico del Vietnam, de las guerrillas sudamericanas, del Pakistán y de tantos y tantos puntos donde los hombres se ven enzarzados en luchas fraternas. Porque, y éste es uno de los hallazgos más importantes de Pablo VI, un hombre es hermano de otro hombre por encima de las barreras de raza, religión o nacionalidad. Hermanidad que no puede quedarse en abstractas declaraciones, sino en el reparto equitativo e igualitario de los recursos que Dios ha puesto para servicio y uso de todos los hombres. Pero es claro que para que esta paz basada en la justicia sea posible, el mundo necesita buscar fórmulas nuevas que acaben para siempre con la institucionalización de la ley de la selva, con la perpetuación de privilegios seculares, «con el orgullo que rompe la fraternidad». En la búsqueda y logro de esas nuevas fórmulas, las Naciones Unidas tienen un papel esencial por encima de particularismos sectarios y complejos mesiánicos de salvaguardadores de una libertad unilateralmente entendida.

A todos aquellos que creen que el mundo es ya algo acabado y que es necesario conservar, a todos los que piensan que es posible borrar de un plumazo a 600 millones de seres humanos, a aquellos que imaginaban que las armas son una prolongación natural de la naturaleza, a los que creen que el pez grande tiene derecho de devorar al chico, Pablo VI les ha hablado de igualdad, libertad y fraternidad. A los que ensayan aparatos destructores de la vida les ha hablado del desarme, a los que creen que todo está ya hecho les ha hablado de un mundo sin hacer. Y todos los hombres de buena voluntad han oído muy dentro de sí que el anhelo que presiente la Humanidad es un ansia de paz para poder detenerse con serenidad en la ingente tarea de la fraternidad y la libertad humanas. Y como único camino para alcanzarlas: la paz, esa necesidad perentoria del mundo moderno.